

besten Bücher[] der letzten 20 Jahre“ (Buchrücken), an dem sich eine Gegenwartsliteraturwissenschaft reiben könnte. Diese müsste vielmehr das für Kämmerlings' Argumentation zentrale Verhältnis von Gegenwart, Wirklichkeit und Literatur stärker reflektieren und nicht zuletzt die Frage nach den konkreten Formen gegenwartsliterarischen Schreibens ins Zentrum stellen. Insofern lässt sich Kämmerlings' Band auch als Aufforderung an die Literaturwissenschaft verstehen, sich einerseits auf Gegenwartsliteratur einzulassen und andererseits der Literaturkritik eine eigene Position entgegenzusetzen.

David-Christopher ASSMANN

KLEMPERER, Victor: *Literatura universal y literatura europea*. Trad. de Jorge Seca. Barcelona: Acantilado 2010. 141 pp.

Es innegable que el filólogo Victor Klemperer (1881-1960) hizo de sí un auténtico modelo de “exilio interior”: entre 1933 y 1945 se quedó en territorio alemán y guardó silencio, pero se propuso llevar un registro fehaciente de todos sus padecimientos y llegó a tener la “suerte” de poder darlo a conocer una vez terminada la guerra. Tras la tardía publicación de su diario personal de la época nazi (*Quiero dar testimonio hasta el final*), cuando ni su participación destacada en la Primera Guerra Mundial ni su conversión al protestantismo ni su exquisito conocimiento de la poesía alemana bastaron para ponerlo a salvo, en la esfera pública resultó prácticamente imposible hablar de él sin incorporarlo al panteón de los sobrevivientes de la Shoá, cambiando así las reglas de su recepción.

En efecto, sumado a la *Lengua del Tercer Reich*, su lúcido estudio de la degradación cultural alemana basado en constataciones lingüísticas *in situ* y que ya había visto la luz en 1947 (por cierto, sin causar mayor impacto), el registro vivencial de aquellos doce tortuosos años lo catapultó definitivamente al denominado –no sin malicia– “canon del Holocausto” y obligó a releer bajo una nueva luz toda su vasta obra previa como historiador de la literatura. Y así como Friedrich Schlegel supo señalar que “el historiador es un profeta a la inversa” (*Lyceum*, fragmento 80), a menudo se busca en la historia hecha por quienes luego padecieron una tragedia histórica los signos de una fatídica profecía, quizás formulada inconscientemente. De esta forma, es muy probable que en el catedrático Klemperer se busquen rasgos propios de adivino o de visionario. Y asimismo es probable que se los encuentre.

De su largo período como académico notable, como sea, data el estudio *Literatura universal y literatura europea*, publicado en 1929, es decir, en momentos en que la modesta y moderada República de Weimar comenzaba a colapsar y cada vez se oían más voces exaltadas. Aun renunciando a toda ardua pericia prospectiva, este bello texto no puede leerse fuera de su áspero contexto, pues no trata de otra cosa que de la idea de Europa, del internacionalismo y de la universalidad cultural. El título anuncia el pretexto: los comentarios del viejo Goethe sobre la venida –predecible e incluso deseable– de una *Weltliteratur* europea, en tanto “la

poesía es un bien común de la humanidad” (*Conversaciones con Eckermann*, 31/1/1827). Klemperer recoge ese guante y se pregunta, cien años después, cuál es la validez y la vigencia de ese ideal goetheano, admitiendo que “se trata más bien de un asunto que hace exactamente un siglo que tiene ocupado a todo el mundo y ahora, en la actualidad y desde la Guerra Mundial, mucho más que nunca” (12). Historia de las ideas, por ende, y no historia de la literatura, o en todo caso esto último pero con un sentido cultural íntegro –y político, me atrevo a decir– antes que meramente estético. Pues el autor se revela como un humanista en el sentido estricto de la expresión, es decir como un investigador de los *studia humanitatis*, rico en citas y datos, pero además en el sentido vulgar de quien aboga por un tesoro de valores con aspiraciones desinteresadas y generales. Así es cómo hemos de entender su defensa de la razón en la creación poética, en desmedro del culto romántico de la genialidad; así, también, su ataque a los particularismos sesgados, que pretenden sustraerse a un diálogo internacional que en el continente europeo sería mandatario al menos desde el siglo diecinueve, cuando sabiamente Goethe lo detectara.

Pues he ahí el verdadero “héroe” alemán, según Klemperer: el anciano poeta y el algo anacrónico *homo universalis*, quien “subraya la singularidad alemana, que no quiere imponer a nadie” (46). No el Goethe genial o el demónico, no el autor del *Werther* o el del *Fausto*, sino el noble y viejo cosmopolita que con una sonrisa mordaz ha visto desfilar a las presuntas glorias del romanticismo y percibe ahora, en su hora postrera, que toda violencia y exageración a la larga tenderán a una concordia final y superadora. Con toda intención, el Goethe de Klemperer es muy distinto al de Dilthey, al de Korff y al de Gundolf, por citar las referencias inmediatamente anteriores: aquí es un pensador bonancible y supranacional, que está por encima de todo sin por eso dejar de ser igual a todos, y lo que es más importante, sin dejar de *querer* ser igual a todos.

A partir de semejante coloso y sus amplias miras de octogenario, Klemperer repasa lo que llama “la aspiración europea de Alemania” desde el *Sturm und Drang* hasta su particular circunstancia histórica, dando cuenta de diversas y altas plumas que van de Herder a Thomas Mann, pasando por los románticos (que ciertamente no le merecen elogios). El tema del “europeísmo” le permite entretenerse sobre todo con esa nación con la que los alemanes seguían (¿siguen?) teniendo que vérselas a la hora de legitimarse como *Staatsnation* y como *Kulturnation*, por decirlo con Meinecke: Francia. Y entonces se le vuelve forzoso adentrarse en el poderoso mito del corazón europeo como un núcleo esencialmente franco-alemán, que parece constituir propiamente el tema central del trabajo, y al calor de esa discusión –que al continente le acarreó tres guerras: la de 1870, la de 1914 y la de 1939– Klemperer trata con propios (v.g. Curtius) como ajenos (v.g. Valéry), sin olvidarse de revisar algunas posiciones de personajes “periféricos” como Unamuno y Pirandello. Ante este tópico urticante (pues en última instancia se postula la reductibilidad del carácter europeo exclusivamente a galos y germanos), emergen ciertas ambigüedades del propio autor, quien se muestra dispuesto a examinar la tensión franco-alemana con argumentos de Brunetière y que incluso condesciende

a afirmar que mientras que los “románicos” Unamuno y Pirandello “se inclinan hacia Alemania, por otro lado encontramos a un inglés –o un irlandés– que escribe en inglés, James Joyce [...] que en el fondo de su carácter está determinando por lo francés” (123). Para este judío nacido en suelo tradicionalmente polaco y formado disciplinariamente para la enseñanza de la cultura francesa, las tensiones entre lo local y lo universal, entre lo nacional y lo inter- y supranacional, parecían resolverse por entonces *en* la literatura y *gracias* a la literatura, cuya flor y nata, no obstante, siempre parece filiarse en alguna margen del Rin. Curiosamente, Klemperer no evoca el consejo tolstoiano de pintar la propia aldea para alcanzar la universalidad, pero parece pensar en un acceso a lo europeo y universal mediante el estilo y la temática de los grandes escritores; lejos estaba de imaginar que menos de un lustro más tarde se impondría en su país la consigna de *Blut und Boden...* Como sea, los lectores europeos que no son ni franceses ni alemanes tendrán ocasión de preguntarse una vez más acerca del por qué de ese mito, mientras que los no europeos tendrán que preguntarse acerca de la calificación de “universal” (*Welt-*) cuando es apenas referida a la producción artística del Viejo Continente. Las actuales zozobras de la Unión Europea dan pábulo a nuevos resquemores en este sentido y alargan las sombras de un debate incesante.

Texto admirable por su elegancia y erudición, lleno de ideas provocativas y osadas sin embargo expuestas sin énfasis alguno, *Literatura universal y literatura europea* sólo muestra un defecto ostensible: carece de un final acorde a su alta prosa. Pues acaba con un análisis demasiado puntual y para colmo de males, sobre una obra de escasas resonancias en la posteridad: *Los dioses blancos*, de Eduard Stucken. El cierre, así, parece delatar una interrupción abrupta, o bien una tesitura inconcluyente, y cualquiera de las dos posibilidades decepciona al lector. ¿O será que uno no quiere que este maravilloso trabajo se termine jamás?

Dada la índole de la obra y del autor, en la versión española quizás hubieran convenido más notas y aclaraciones léxicas. La edición y la traducción, por lo demás, son irreprochables, y la sola aparición de este pequeño y enorme libro constituye de por sí un acontecimiento filológico para el mercado hispano parlante.

Marcelo G. BURELLO

LOSTER-SCHNEIDER, Gudrun / BECKER-CANTARINO, Barbara / WILD, Bettina (eds.): *Ach, wie wünschte ich mir Geld genug, um eine Professur zu stiften. Sophie von La Roche im literarischen und kulturpolitischen Feld von Aufklärung und Empfindsamkeit*. Tübingen: Francke 2010. 328 pp.

El libro que reseñamos reúne diecinueve estudios sobre diversos aspectos de la biografía, la obra y la imagen de escritora de Sophie von La Roche (1730-1807). Editora de la influyente revista *Pomona. Für Teutschlands Töchter* (1783/84) y autora, entre otras obras, de lo que constituye acaso la más popular novela de la literatura alemana antes del *Werther*, la conocida *Geschichte des Fräuleins von*